

Veinticinco años del profesor E. Ortiz de Landázuri en la Universidad de Navarra

Han pasado veinticinco años desde que don Eduardo se incorporó a la Universidad de Navarra como profesor ordinario de Patología y Clínica Médicas. No se han sucedido sin sentir. Cuando los años transcurren volando suele ser porque hay en ese periodo pocos puntos de referencia, en definitiva, escasos hechos importantes. En el caso de los veinticinco años de don Eduardo han acontecido muchas cosas. Hace cinco lustros, la Facultad de Medicina acababa de nacer y empezaba a dar los primeros pasos. Ahora ya ha alcanzado su mayoría de edad y es conocida dentro y fuera de España. Entonces, se acababa de construir la primera fase del primer edificio, ahora posee unos edificios e instalaciones adecuadas y capaces para su función docente, investigadora y asistencial. Y en todo este crecer y madurar de la Facultad, la experiencia y, sobre todo, el impulso de don Eduardo, han quedado bien patentados.

Conocí a don Eduardo en el año 1953, en Granada. Comenzaba yo entonces la tesis doctoral en el Departamento de Anatomía del profesor Escolar. Como era nuevo en la ciudad, los primeros días los dediqué a conocer la Facultad e informarme de sus profesores. Me hablaron del decano, el profesor Ortiz de Landázuri, como un excelente profesor con un buen laboratorio de investigación, además del correspondiente servicio en el Hospital Clínico, rodeado de numerosos y valiosos médicos. Pero lo que más me chocó, entre las noticias que de él me dieron, fue su capacidad de trabajo, y «lo del médico de las 500 pesetas». Su laboriosidad era proverbial, trabajaba todo el día y una buena parte de la noche, y al punto de la mañana estaba ya levantado. Y «lo de las 500 pesetas» también me impresionó: eso era lo que cobraba habitualmente por visita (en otras, en cambio, no cobraba nada), cantidad nada despreciable en aquellos tiempos. Pero era la única manera de limitar —eso era lo que intentaba— la afluencia de pacientes a su consulta.

A los pocos días de este conocimiento teórico pude saludar a don Eduardo y comprobé, en él, desde el primer momento, otras dos magníficas virtudes: su cordialidad y sencillez.

Cinco años más tarde, en 1958, volví a saludar a don Eduardo, esta vez en Pamplona. Vino a dar una conferencia, aprovechando para conocer la Facultad y sus profesores. Lógicamente no era el prestigio de la Facultad y la fama de sus profesores lo que le llevó a aceptar dar la conferencia. El motivo de fondo era que, algún tiempo antes, el profesor Jiménez Vargas, entonces decano de la Facultad, le había propuesto un trueque que, a cualquiera que no fuera don Eduardo, le hubiera parecido descabellado: dejar Granada y venirse a Pamplona. Un trueque en el que todo era perder, salvo la ilusión por llevar a la madurez una Facultad en la que se hicieran realidad los objetivos que el fundador de la Universidad, Monseñor Jose Maria Escrivá de Balaguer, se había propuesto: «Un centro universitario donde se formen hombres doctos con sentido cristiano de la vida».

Y don Eduardo aceptó —el profesor Jiménez Díaz, su querido maestro, hombre también de corazón grande, le animó a dar este paso—, y en octubre de 1958 ya estaba dando sus clases teóricas y prácticas a los alumnos de la primera promoción, que en ese curso comenzaban el primer año de Patología Médica. Hablar de clases prácticas puede parecer que era un deseo más que una realidad. No había hospital clínico, tampoco se contaba en aquel momento con un servicio en el Hospital de Navarra... Pero no faltaron enfermos para aquellas primeras clases, aunque, a veces, hubiera que traerlos de un pueblo vecino cuyo médico conocía a don Eduardo, o fueran enviados extraoficialmente por el señor Antero que, como conserje del Hospital, encaminaba a los pacientes, según sus dolencias, a las distintas consultas.

Después de muchas antesalas y gestiones se consiguió el Pabellón F con 60 camas. Tres años más tarde se comenzó la construcción de la primera fase de la Clínica Universitaria, con los servicios generales para las futuras ampliaciones y 20 camas. En 1968 se inauguró la segunda fase y en 1976 la tercera.

Las múltiples gestiones que hubo que realizar, tanto para obtener los permisos oportunos como para su finan-

ciación, en buena parte corrieron a cargo de don Eduardo.

Y todos estos viajes y gestiones los ha sabido compaginar con su intensa labor docente, asistencial e investigadora. Consciente, ya desde antes de acabar la carrera, de que el médico que no sigue al día los avances de la Medicina y no colabora, en la medida de sus posibilidades, a ese avance, es un profesional incompleto y, desde luego, un mal maestro, don Eduardo siempre ha procurado tener como una parte inseparable de su Departamento, un laboratorio de investigación. Lo tenía en Granada y procuró montarlo enseguida en Pamplona. Y en esa perfecta armonía del estudio clínico y experimental, la producción científica del profesor Ortiz de Landázuri no se interrumpió. Algunos de sus ayudantes y estudiantes de Medicina que acompañaron al maestro a Pamplona y fueron sus inmediatos colaboradores, son ahora profesores de la Facultad o están desarrollando su labor docente y asistencial en otras facultades. Sin pretender hacer una enumeración exhaustiva, recuerdo en este momento al doctor José Bueno, actualmente catedrático de Patología Médica en Zaragoza, al doctor Manuel Pérez Miranda, catedrático, igualmente de Patología Médica en Badajoz, a los doctores Federico Conchillo e Ignacio Lucas, profesores de esta Facultad, al doctor Antonio Rivero, jefe del Servicio de Medicina Interna del Hospital «Virgen del Camino» y profesor asociado de nuestra Facultad, entre tantos otros.

Decía antes que don Eduardo ha sabido hacer compatibles la labor de gestión con la docencia, la investigación y la atención a los enfermos. Pero, todavía queda otra importante labor que ha desempeñado durante la mayor parte de su estancia en Pamplona: su labor de gobierno. Decano primero, después vicerrector académico del área de Ciencias, nuevamente decano y, últimamente, presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra.

En todas estas tareas hemos podido apreciar las grandes virtudes humanas de don Eduardo. Su corazón sensible, capaz de sintonizar con el sufrimiento de sus pacientes hasta el punto de que sus desvelos por ellos nunca han tenido un límite de horas.

Su espíritu científico, de busca de la verdad, lo ha puesto bien de manifiesto en los numerosos trabajos de investigación.

Su amor a la docencia, a la formación de médicos peritos en el arte de curar y humanos a la hora de tratar a las personas que sufren, lo ha demostrado su trabajo docente, que no ha quedado limitado a las lecciones magisteriales, sino que se continuaba en la clínica con los estudiantes que le rodeaban.

Su ecuanimidad y capacidad para comprender y disculpar la han podido admirar todos los que han compartido con él las funciones de gobierno. Y quizá como fuente y raíz de todas estas virtudes está su generosidad, esa virtud poco frecuente que lleva a olvidarse de sí mismo y darse a los demás; virtud que no es fácil encontrarla sino es en personas que, como don Eduardo, tienen un hondo sentido cristiano de la vida.

Mucho le debe la Universidad de Navarra a don Eduardo, en especial la Facultad de Medicina, y los que al ver en él tanto esfuerzo desinteresado, tanto tesón en el quehacer habitual, tanta preocupación por los demás, nos hemos sentido estimulados en muchas ocasiones a continuar, con ánimo esperanzado, en nuestra tarea diaria.

Este libro, con colaboraciones de tantos amigos y discípulos de don Eduardo, quiere ser una muestra del agradecimiento y admiración que por él sentimos. Agradecimiento que también hacemos extensivo a Laurita, su esposa quien tan magníficamente ha sabido entender y alentar la dedicación de su marido a la Universidad.

Luis M.^a Gonzalo